

LA MAQUILA EN LA REFINACION

David Ibarra
23 de mayo de 2008

La crisis de PEMEX reconoce muchas causas. Hay, sin embargo, un pecado original de orden financiero. A lo largo de más de dos décadas a PEMEX se le han sustraído recursos más allá de lo razonable, hasta dañar la optimización de sus cadenas de valor agregado, la restitución de las reservas petroleras, la modernización de las instalaciones o al conjunto de las capacidades de hacer de la empresa.

Más y más se ha confinado al país a producir en exceso crudos, mientras se importan más y más productos industrializados y petroquímicos. El desequilibrio medular de Pemex, resalta palmariamente al observar que ocupa entre el cuarto y el sexto lugar como extractor de crudos —con riesgo de sobreexplotar los yacimientos—, pero está ubicada hasta el diecisieteavo casillero en cuanto a las reservas disponibles también en el mundo.

Ahora se quiere dar otro paso en ese proceso desnacionalizador. Pasando por encima de problemas constitucionales, hoy se justifica ceder la refinación del futuro, convirtiéndola en maquila privada con el argumento de que PEMEX-Refinación reconoce pérdidas, que es ineficiente, que desmerece en cualquier comparación competitiva internacional. Se olvida que se le han escatimado recursos para modernizarse, como lo demuestra el que en más de una década no se hayan construido nuevas plantas, que se le hayan negado fondos para resolver múltiples cuellos de botella, que los trabajos de conservación y mantenimiento sean frecuentemente diferidos o se instrumenten sólo parcialmente, que se

registren retrasos injustificables de los programas de reconfiguración de las instalaciones. Más aún, la gestión gerencial en el manejo de las refinerías de PEMEX queda casi nulificada por el rígido sistema de precios de transferencia. En efecto, el gobierno fija los precios de venta de las gasolinas y se usan las cotizaciones de Houston para determinar el renglón dominante de los costos --el precio del crudo--, al cual pocas veces se le ajusta por razones de calidad. En consecuencia, sus utilidades o pérdidas quedan básicamente predeterminadas. Para decidirlo coloquialmente, se quiere una especie de comparación artificiosa entre tigre suelto (las plantas extranjeras) y burro amarrado (las de PEMEX). Aun así, el margen de refinación de Cadereyta, no desmerece de los obtenidos por las plantas norteamericanas de la costa atlántica.

Entonces, más que condenar a los técnicos y trabajadores de PEMEX, habría que rendirles homenaje por laborar en condiciones claramente adversas. Las razones con las que se quiere justificar la privatización, disfrazada de maquila de las futuras capacidades refinadoras, no sólo son insuficientes, son intrínsecamente espurias. Olvidan que ya hay conocimientos, capital humano y capacidades vernáculas para emprender esos proyectos de inversión productiva, que si algo no se sabe, la tecnología se puede adquirir fácilmente en el exterior. Se olvida también que hay recursos financieros y suficientes márgenes gubernamentales de maniobra antes de quedar forzados a invitar a socios permanentes en la distribución de las rentas petroleras. Ahí están los 15 mil millones de dólares que se le han congelado a PEMEX al obligarle a un superávit primario desmesurado en su presupuesto de 2008.

En términos estratégicos se pasa por alto que el mercado internacional del petróleo ha cambiado radicalmente. El interés de empresas y países se desplaza hacia la industrialización de los hidrocarburos, hacia la refinación y la

petroquímica. Las grandes transnacionales buscan consolidar su posición en esos campos y los países dueños de las reservas, reivindican su soberanía sobre las mismas y emprenden su industrialización. Por eso es que sólo cuatro transnacionales, Shell, Exxon, Texaco y Chevron cuentan con cerca de 180 refinerías y que Petro-China, PEDEVESA y Saudi Arabia dispongan de unas 80, mientras México tiene apenas seis y sólo dos medianamente modernas. La situación en materia de petroquímicos es semejante o aún peor.

Como se ve, el terreno de la competencia está desnivelado y el país pierde a pasos agigantados la capacidad estratégica de optimizar las cadenas petroleras de valor agregado y el aprovechamiento de su principal ventaja comparativa para involucrar a la posición modesta de vendedor de crudos e importador de hidrocarburos elaborados y de sus derivados industriales.

En conclusión, mientras las empresas transnacionales buscan afanosamente integrarse vertical y horizontalmente, como lo atestigua el que las fusiones y adquisiciones transfronterizas de todo género sumasen más de 6 trillones anglosajones de dólares entre 1990 y 2004, o que casi llegasen a un trillón en 2005. Nosotros en cambio, se nos propone caminar en reserva. Disponiendo de una empresa integrada, la mayor del país, pretendemos curiosamente fraccionarla.